



*Honorable Legislatura
Tucumán*

Salón del Bicentenario

III EDICIÓN

EN HOMENAJE AL BICENTENARIO DE LA
CREACIÓN DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN

OBRAS PREMIADAS EN EL CONCURSO DE LETRAS

CON INTRODUCCIÓN DE LA
DRA. MARÍA DEL CARMEN TACCONI DE GÓMEZ

H. LEGISLATURA DE TUCUMÁN

AUTORIDADES:

REGINO NÉSTOR AMADO

PRESIDENTE SUBROGANTE A/C DE LA PRESIDENCIA

JUAN ANTONIO RUIZ OLIVARES

SECRETARIO

COMISIÓN ORGANIZADORA DEL SALÓN DEL BICENTENARIO 2014

LEG. RAÚL OSCAR HADLA

PRESIDENTE

LEG. RAMÓN JESÚS GRANEROS

VICEPRESIDENTE

JURADO DEL CONCURSO DE LETRAS

DRA. HONORIA ZELAYA DE NADER

DRA. MARÍA DEL CARMEN TACCONI

PROF. RICARDO CALVO

PRESENTACIÓN

Los tres cuentos que han sido premiados en el Salón del Bicentenario organizado por la Honorable Legislatura de la Provincia de Tucumán en este año 2014, generan vibrante entusiasmo en quienes descubrimos voces de vigoroso valor estético, auténticas promesas en el panorama de la Literatura. El valor estético de los textos de este concurso se une a la condición de relatos de fundamento histórico: recreaciones de momentos cruciales de un pasado que se hace necesario rescatar para la memoria de las generaciones “Detrás del cerrojo”, que obtuvo el Primer Premio, desde el título resulta sugerente. Me permito al respecto dos lecturas. La primera: detrás del cerrojo de las puertas de la “casa de doña Francisca”, puertas que con conmovedora perseverancia visita el protagonista, se encuentra la respuesta a los interrogantes de don Diego. La “casa de doña Francisca” es nuestra Casa Histórica. En ella se encierran los motivos de la ausencia de José, el hijo de don Diego, que fue a la guerra y no regresó. El padre sostiene a lo largo de los años la certeza de que su hijo regresará, por eso visita tan a menudo la Casa.

La segunda lectura de este título: la historia oficial mantiene un cerrojo que clausura verdades olvidadas o escamoteadas de la gesta independentista. En este aspecto “Detrás del cerrojo” se vincula con Sota de bastos, caballo de espadas de Héctor Tizón, magnífica novela que el autor jujeño escribió para hacer presente para el público lector hispanoamericano una flagrante omisión de la mayor parte de los historiadores que producen sus versiones del pasado desde El Puerto: la omisión del Éxodo Jujeño y la descalificación de su importancia en la gesta independentista. En general, estos relatos gestados lejos del NOA escamotean un aspecto que Sota de bastos y “Detrás del cerrojo” exponen en toda su dolorosa realidad: la destrucción de las familias en la conquista de las instituciones a través de la guerra. Ambos relatos (la novela del jujeño y el cuento) intentan crear conciencia en el lector de la importancia de los héroes anónimos en la construcción de la patria.

En otra línea se instala “Tres fusilados y una cabeza en la plaza”, merecedor del Segundo Premio del concurso que nos ocupa. La trama atañe a la guerra civil que se desencadenó en el Noroeste Argentino a partir de 1818 y que resultó prolongada y cruenta. También escamoteada en general en la memoria colectiva de la historiografía oficial. El oficio de narrar de la autora se advierte en el formato textual que ha dado a su relato: la trama fluye como una confesión, de pormenorizadas circunstancias, de Francisco Javier López a Bernabé Aráoz, a quien había hecho fusilar. Con un acento borgeano que evoca el “Poema conjetural”, sobre el final otra voz narradora se hace cargo del desenlace. Este episodio se inscribe en el proceso de provincialización de Tucumán, que no fue una apacible red de acuerdos sino fruto de una prolongada y cruenta guerra civil.

“Los de afuera”, que obtuvo el Tercer Premio, se inscribe en otra posibilidad que ofrecía el reglamento del concurso: centrar el relato en problemas de vigencia actual. El núcleo de significado de la trama enfoca el traslado de sustancias prohibidas en un transporte colectivo. La pericia del autor explota la hipocresía y la capacidad actoral del protagonista narrador para mantener el suspenso y cumplir con la exigencia básica de todo buen cuento según los postulados de Enrique Anderson Imbert: el relato debe ser una flecha que parte del título hasta el impacto final del desenlace. Los tres relatos configuran un

conjunto atractivo y digno de elogio desde el punto de vista de la técnica narrativa y desde la perspectiva semántica de los conflictos que desarrollan. Asimismo merece ser puesto de relieve el mérito de la organización de un concurso que estimula los talentos de los miembros de nuestra comunidad por un organismo del Estado Provincial.

María del Carmen Tacconi de Gómez

**PRIMER PREMIO
CONCURSO DE LETRAS**

DETRÁS DEL CERROJO

Todos pensaban que era uraño, cascarrabias y hasta un poco violento. Yo solo sabía que padecía una extraña enfermedad.

Era todavía un niño cuando lo veía sentado frente a la casa de doña Francisca. Todos sabían que allí se estaba cociendo a fuego lento algo relacionado con la revolución; pero era don Diego, con su mirada fija clavada en la puerta de roble, quien hacía que todos desviaran la mirada hacia allí.

Imaginaba que tenía poderes sobrenaturales, por eso no sacaba su vista de la puerta. Quizás miraba a través de las paredes o tenía un oído que podía escuchar a través de ellas.

Lo que si sabía era que bastaba mirar hacia sus pupilas para ver cómo distintas historias se tejían en su retina.

Y a mi me fascinaban esas historias.

Sólo pude hablar con él en su lecho de muerte, cuando su cuerpo no era más que un bosquejo desgastado de lo que había sido, cuando había perdido la batalla y la diferencia se cobraba otra víctima.

Habían pasado muchos años, y a pesar de que ahora la ocupaba el matrimonio Zavalía, la casa de doña Francisca seguía impertérrita, igual que don Diego.

Ni el frío, ni el calor, ni siquiera el caos de la revolución impidió que rompieramos nuestra rutina, que mas bien era un negocio: yo le daba un pedazo de pan y a cambio él me miraba un instante, en silencio, regalándome una historia.

Era Septiembre, iba hacia mi trabajo con un pedazo de tortilla guardada en el bolsillo de mi pantalón. No podía detenerme demasiado, pero debía pasar a verle, era un deber y un placer.

Fue cuando llegué a la esquina de la casa de doña Francisca que vi el tumulto, todos alrededor del pedacito de vereda que le pertenecía a don Diego, por derecho. Aferré con fuerza la tortilla entre mis dedos y me precipité hacia allí, para poder ver qué era lo que sucedía.

–José... –dijo don Diego al verme, presentándose por primera vez su voz. Estaba enojado y amenazaba con su bastón a un policía.

–Yo... –empecé a decir. Quería decirle que no era José, pero el policía se acercó a mi, me tomó del codo y dijo en mi oído:

–Padre, verá, sólo queremos ayudar.

Por primera vez, y para mi enorme vergüenza, bajé mi vista hacia el rostro, el cuerpo y los pies de don Diego. Su estado era miserable: su cara estaba sucia, invadida por pústulas; su pelo enmarañado y, hasta podría aventurar, plagado de pulgas y piojos. Al menos tenía zapatos.

Pude convencerlo para que me acompañara a la parroquia, pero pronto descubriría que ese iba a ser mi reto mas sencillo.

Con la ayuda de una enfermera pudimos bañarlo, claro que nos llevamos un par de golpes de regalo. Fue una ardua tarea, pues no quería que lo tocaran, y rara vez me reconocía. Él seguía llamándose José.

Observamos su esquelético cuerpo en busca de garrapatas, por suerte no encontramos ningun-

na. Los zapatos le quedaban chicos y estaban adheridos a su piel. Sus pies estaban tan lastimados como el resto de su cuerpo. Por cada herida que le desinfectaba él me correspondía con un golpe y un grito.

Cuando logramos quitarle la ropa, me dispuse a quemarla. Revisé los bolsillos en busca de alguna valiosa pertenencia y en el pantalón encontré pedazos de la comida que le llevaba cada día.

–Es para José –me dijo, y fue uno de sus escasos momentos de lucidez.

Recuerdo la primera vez que le dimos de comer, nos miraba con desconfianza al momento que, con la mano, se llevaba a la boca un bocado. No fue hasta una pequeña distracción nuestra que don Diego escondió un poco de guiso debajo de la almohada.

Para José, supuse.

Se iba marchitando, su alma estaba herida y maltrecha. Sus ojos ya no estaban cargados de historias, sino de cansancio y vergüenza.

Lo visitaba cada día, algunas veces reconocía que no era José. Lo sabía porque le faltaba el aire, como si una flecha invisible le atravesara los pulmones y el pulso se detuviese en el dolor.

–Debo volver a la casa de doña Francisca –me decía. Yo le recordaba que estaba mejor cuidado en la iglesia... y se desataba el vendaval. Don Diego pateaba, gritaba y exigía que lo llevemos a ver la gran puerta de roble.

Dos veces se escapó y lo encontramos allí, retorciéndose los dedos, impaciente, y con su mirada fija, clavada, donde debía estar.

Pronto descubrí quién era don Diego. Y quién era José.

De vuelta en la parroquia, me regaló, una vez más, una historia. Esta vez de la mano de su voz áspera y angustiada. Supe que me estaba encomendando una tarea. Él sabía que la batalla contra aquella extraña enfermedad que le aquejaba estaba perdida. Su cuerpo agonizaba.

José era su hijo, me dijo, había salido de su cabaña hacía ya 18 años, cargado de ilusiones y amor por la patria. Iba a ayudar al Gral. Manuel Belgrano a detener a Tristán. Eran “del norte”, no supo decirme de qué localidad. Una tropa realista lo expulsó de su tierra, sin dejarle recoger ninguna pertenencia. Lo golpearon con violencia en su afán de conquistar la región. Su memoria se agotó de recordar el oír agonizar a su tierra. Las primeras heridas apenas se reconocían, pero él sabía que estaban allí, en su alma.

Eran del campo, me dijo, y no supo cómo llegó a Tucumán.

Reconoció la casa de doña Francisca y la excitación de los revolucionarios. Esperaba que algún día su José se presentara allí, que su hijo se escondiese detrás de un uniforme azul y una barba negra. Y a pesar de ese análisis superfluo al rostro de cada hombre que atravesaba la puerta de roble, su esperanza no recibió ninguna amputación.

Cajoneó oportunidades, deshilachó ideales, con la certeza absoluta de que su hijo lo encontraría. Se enamoró de Tucumán, de su gente, de sus calles... y también de su propia miseria.

–No te preocupes que vendrá –me dijo. Y me sentí invadido por la veracidad de sus palabras. No quise cuestionarle, ni decirle que él no tenía cómo buscarlo y que posiblemente lo estaba haciendo a cientos de kilómetros de distancia. Su esperanza me abrumaba, pues estábamos luchando contrareloj, pero bastaba observar su sonrisa confiada para evitar que muera la ilusión.

Supe que me encomendaba una misión y, juro solemnemente, hice todo lo posible por encon-

trarlo. Necesitaba datos, pero la memoria de don Diego vagaba con mayor facilidad.

Pasaban los días, y cuando mejoró lo suficiente lo llevaba una hora hasta la casa de doña Francisca, hasta su vereda, para que observase la puerta de roble, y para que nos cargue de esperanza a los dos.

No sé cómo, cuándo ni por qué, la difteria se coló entre sus costillas, debilitándolo como no lo había hecho ni la fiebre ni el cólera.

–No te preocupes, vendrá –me repetía cada vez que le tomaban la presión al tiempo que desprendía un suspiro lastimero.

Casi 19 años duró la espera de don Diego. Cada día, al menos, un instante de lucidez le recordaba ese vacío que no podía ser llenado, el rompecabezas inconcluso en el que se había convertido su vida. Pero él, siempre obstinado, esperaba...

–No te preocupes, él vendrá –repetía benévolo, para sí, cada vez con mayor frecuencia. Dándose ánimo en voz alta, buscando en la oscuridad las palabras que quería escuchar. En ese momento descubrí que la esperanza era inherente a su naturaleza.

A veces el destino llega demasiado tarde, puedo decir que don Diego dejó un vacío en mí que tampoco puede ser llenado. Me dejó plantado en una encrucijada entre la esperanza y la resignación.

Era también Septiembre, cuando su cuerpo finalmente se rindió. Lanzó su último suspiro frente a la gran puerta de roble, mirando hacia la casa que, según él, nos regaló la independencia, trasmitiéndole al viento todo lo que quería decirle a su hijo, pero que no pudo.

Gracias, me dijo. Con la certeza de quien sabe que no volverá a pronunciar una palabra. Fue una despedida sin sobresaltos, en silencio, como era su estilo.

De vuelta en la parroquia, en el umbral, un hombre llamado José González, con los pies cansados de andar y barro en la suela de sus zapatos, buscaba a su padre.

Tenía el rostro marcado con la frescura del hombre libre y emanaba ilusión por la joven patria.

Para mi enorme sorpresa, dijo que no era demasiado tarde.

Se abalanzó sobre el cuerpo de su padre, lo abrazó con fuerza y, de alguna forma, pudo sentir los brazos de don Diego a su alrededor. Uniendo sus almas, fundiendo sus destinos y cerrando por fin el círculo.

–No te preocupes, él vendrá –repetí para mis adentros, mirando el cielo, mirándolo a él, a don Diego, mientras me acercaba hacia ellos.

MARÍA DE LOS ÁNGELES PINTO ()*

(*) MARÍA DE LOS ÁNGELES PINTO: Nació en 1988 en la Provincia de Tucumán. Estudiante del Profesorado de Química, es una escritora aficionada que ganó su primer concurso literario a la corta edad de 14 años en el Colegio Guido Spano. A lo largo del tiempo ha escrito numerosos cuentos, poemas y una novela, "Entre amigas", que desde hace un año se mantiene entre los primeros 100 más vendidos de Amazon. Ha ganado diversos concursos entre los que se destacan Concurso Literario "Don Quijote" de Cuentos Cortos, España. Uno de sus cuentos ha sido seleccionado por Editorial Dunken para ser incluido en un libro de próxima aparición.

SEGUNDO PREMIO
CONCURSO DE LETRAS

TRES FUSILADOS Y UNA CABEZA EN LA PLAZA

Todavía me llamo Javier López, Francisco Javier López. Me seguirán llamando así aun después que las balas del fusilamiento me eliminen, y después de que la sangre se enfríe sobre este suelo y después que el mismo suelo la enarene y las arenas vuelen hasta su casa si algún viento caliente del enero logra soplar.

Sí, claro que en este instante se aparece Ud., Don Bernabé, inmovible y sereno ante esta misma muerte inevitable que deciden otros, solo que esta vez no doy yo la orden.

Y ahora, siento que la distancia que fue creciendo entre nosotros se abrevia, que realmente estuvimos juntos en esa fugacidad impresa en esta historia, enfrentados a la larga a pesar de haber sido el hijo de mi empleador, mi maestro de primeras letras, gracias a Ud. coronel de caballería. Pero qué puedo decirle, Don Bernabé, con los tiempos que corren, tuve que derrocarlo e ineludiblemente, asumir el poder en mi Provincia. Le tomé el gusto, se lo aseguro, y así fue que volví dos veces más a sentarme en el sillón de gobernador.

¿En qué, en realidad, fuimos distintos? Los dos, monterizos; los dos, gobernadores; los dos, militares. Y hoy, con mi ajusticiamiento, compartiremos hasta la forma de irnos. Ya sé que mis orígenes son humildes, no acaudalados como los suyos, pero no olvide: provenimos del mismo linaje que nos emparenta hasta con San Ignacio de Loyola. Ya sé que su bandera es federal y la mía, a la larga, terminó siendo unitaria. Pero... ¿no acaudillábamos siempre listos para la montonera? ¿No era el mismo cielo donde las lanzas crecían, largas, enhiestas como cañas? ¿No sufrí prisión por Ud. cuando González asumió el gobierno?

Reconozco...no dejo de reconocer que sin su empuje la situación toda del país sería otra (por empezar, su fusilamiento habría ocurrido mucho antes y a manos de los godos) porque ¿quién convence a un Belgrano ya convencido, de contrariar a los triunviros? ¿Quién contribuye así a torcer nuestro destino al poner tamaño tesón, las peonadas de la Florida y Santo Domingo, la fortuna, en aras de una resistencia ejemplar en el año 12? Y como galardón, apañado por los elogios del General, nuestro entonces Director Supremo nos premia con la creación de esta provincial. ¿Qué puedo decir de sus afanes frente a las pesadas cargas del gobierno con el que lo recompensaron: nuestra tierra hecha cuartel por el Ejército del Norte, nuestra tierra hecha hospital de los soldados que hirieron los desastres de Venta y Media y de Sipe Sipe, nuestra tierra que recibe a los congresales y los sienta en sus propios muebles (¡sin su fervor y el de los suyos!).

¿Y qué de sus labores por así decirlo, domésticas: las luces que nos alumbran, el agua traída de cuatro leguas con su generosidad, la escuela de primeras letras, el mercado? ¿De su desinterés puesto de manifiesto al no percibir dineros por sus cargos?

Ya sabemos de sus desavenencias con Belgrano, su reemplazo por De la Mota Botello, pero solamente dos años, Don Bernabé. Al cabo vuelve, y ahí fue lo de la “República del Tucumán” con su constitución y todo: aduana, impuestos, moneda. También el fragor de los guardamontes, la montonera, Güemes en mi provincia y nuestra victoria. Uno de los comienzos del fin, como dirían algunos: los salteños no olvidan, y cuando le toca huir y elegir mal, no logra huir de mí...El resentimiento y la memoria aceitan los engranajes de la entrega.

Sí, yo no fui, es verdad, de joven, Porta Estandarte de la Caballería. Me subía al caballo por diversión, para recorrer al galope el Campo donde se libra La Batalla a la que le dio tanto empuje. Y repito, con esa batalla ganamos una provincia, y Ud., su puesto de gobernador. Otro mérito suyo: la batalla de Salta. Después, yo también libraré batalla: contra Aráoz de Lamadrid, que con su ánimo vengativo logró hacerme huir, lucharé en Ituzaingó y en Camacuá, en La Tablada, derroté a Ibarra, en fin...que lograré el comando del ejército provincial, yo, el dependiente, el subordinado...

Y gracias a mi último intento estoy aquí. También aquí está el Doctor Ángel López, sobrino mío por parte de mi primo segundo José Santos López. Este brioso joven que ya daba que hablar en sus épocas de estudiante. Recordará Ud. el suceso en Buenos Aires, cuando intrépidamente (o estúpidamente) presentaba tesis que ofendían al poder y conseguía una estadía gratuita por tres meses en el Pontón Cacique, gentileza del ministro Anchorena. Sin embargo, no logran escarmentar su tenacidad, ni siquiera la otrora tolerancia de nuestro ajusticiador (nobleza obliga relatarlo), que hasta permite que se convierta en diputado. No importa, mi joven pariente lo mismo quiere derrocarlo. Plácida Pantorrilla conseguirá una peineta con su delación y Ángel, una sentencia de muerte de la debe huir. Ah! Escapará esta vez al destino: como sabe, un sobrino suyo, Alberdi, intercede ante Heredia y le salva la vida.

Pero este sobrino mío insiste ¿será la sangre que lleva o el signo de estos tiempos? ¿Qué piensa, Don Bernabé? Nuevo intento. Nueva huida. Nueva y definitiva condena a muerte. Y otra vez el denuedo: con empecinamiento bajamos desde la Puna. Con José Roca bajamos. Con Prudencio López, con Juan Balmaceda, Clemente Echegaray y Julio Pastor Sosa. Hasta Famaillá bajamos, sin comer, sin dormir, los ojos puestos en la oscuridad.

Desde Monte Grande nos traen. Nuestra terquedad nos castiga. A la muerte nos traen. Nos traen, como traerían desde lejos, solo cinco años más tarde, la cabeza de Marco, “Marco Tulio”, una cabeza renegrida, que en los tiempos en que estuvo pegada al cuerpo leía a Tácito y escribía poemas románticos, la cabeza de un joven arraigado en Tucumán por razón de sus padres, que alcanzará como nosotros el gobierno de esta provincia, pero con su bagaje de latines y de leyes. Ese joven, Don Bernabé, tendrá su oportunidad de desafiar al destino como Ud. y yo la tuvimos, con un Pronunciamiento que lo llevará al exilio, a las intensas cabalgatas bajo la amenaza de una muerte que no se hará de rogar, gracias a la traición. Una cabeza cercenada, que viene desde Metán, donde un cuchillo mellado de mazorquero cumplió su cometido, para ser enarbolada sobre una pica y rescatada de las moscas y del oprobio –según las lenguas- por una Fortunata García o por un Carballo a pedido de una Fortunata García. Una cabeza que ve su cuerpo casi desnudo bajo la manta de picote, que ve venir el degüello y ya escindida sigue mirando con los ojos revueltos el tronco que intenta revivir, un tajo en la espalda para una manea. Y días antes, el sentimiento que conocemos tan bien nosotros dos: el afán de vivir que moviliza las cabalgaduras trepando San Javier con sus belfos húmedos, llegando a Raco, apeándose en La Alemania, los corazones mojados de sudor. Y la traición, que se llama Gregorio Sandoval. (Algunos hablan de otra traición ocurrida antes, en Lules, a un hombre poderoso, el Protector, su protector, el que me derrotó y me condujo donde estoy. Sí, le hablo de Heredia).

Son las diez, nuestras sombras todavía se proyectan. Lo veo, Coronel, como si estuviera a mi lado, aquí, frente a la plaza; fuma, impertérrito, hace caer la ceniza con sus dedos...exclama “¡LA EXISTENCIA

HUMANA ES COMO ESTAS CENIZAS”!

(Sí, yo lo hice fusilar contra el paredón de esa iglesia de Trancas, aunque haya urdido darle la responsabilidad insólita al oficial Ferreyra).

Las balas llegan.

¡Ya se siente el grito de Juliana Molina clamando por su enamorado! ¡Ya nuestra Ofelia reclama al cielo la presencia de su Ángel, con los cabellos enredados, con los lamentos enredados que se enlazan y se pierden en los naranjos, para reaparecer, acechantes! Para dolerse de sí mismos, jóvenes gritos de un duelo enajenado. Yo también, yo también me enamoré, era ella la Rubia de la Patria, prenda de paz, Lucía, mi dulce compañera. ¿Y Ud.? ¿Y su Doña Teresa alcanzada por su ausencia, por la intrepidez con que llega esa bala que le corresponde esta vez al marido, al padre de sus siete hijos?

Ya las balas me alcanzan.

Repican en las calles las coplas de este desacierto. “A López por aspirante le salió la cuenta errada, el día veintitrés de enero, a eso de la madrugada...”

Octubre. En la precisa noche, mientras cae todavía una que otra dulce flor del lapacho, y todavía el aire rescata alguna que otra nota de olor acidulado, aquí, en el centro de la plaza, desde la altura, los brazos hacia atrás, la Libertad rompe unas cadenas de mármol, con la mirada fija en el devenir de las cosas y de los hombres.

ELEONORA ROSANA ACOSTA ()*

(*)ELEONORA ROSANA ACOSTA: oriunda de Tafí Viejo, Tucumán. Nació en 1959. Profesora de Castellano, Literatura e Historia. Obtuvo su primer premio literario en el año 1964, compartido con el poeta Pedro Raúl Sánchez. Posteriormente, ganó premios en otros certámenes, entre ellos el 2º Premio de poesía en los Juegos Florales de San Miguel de Tucumán (dos veces), el Primer Premio de Poesía en el Mayo de las Letras 2007 y el Premio Publicación del concurso “Tucumán cuenta”. Otros reconocimientos a su labor literaria fueron el Diploma de Honor de la Società Dante Alighieri de Tafí Viejo, Diploma de reconocimiento de la SADE filial Tafí Viejo y designación como “mujer destacada” de la Municipalidad de Tafí Viejo. Cuenta en su haber con varias obras inéditas, como “Poemas de retaguardia” y “Viento en la calle de tierra”.

**TERCER PREMIO
CONCURSO DE LETRAS**

LOS DE AFUERA

Llevo cuatro horas detenido. Demorado, me dijo el gendarme, aunque no entiendo cuál es la diferencia. Demorados, en plural, debería decir, porque somos todos los pasajeros de un ómnibus de larga distancia que había partido de San Salvador de Jujuy rumbo a Buenos Aires. Yo me hubiera bajado en Tucumán, como hago siempre que vuelvo de visitar a mis padres que todavía viven en Salta, pero muchos de los pasajeros llevan destino a Retiro, lo adiviné por sus gestos de fastidio al subir al coche y disponerse al largo viaje: sacarse el calzado, suspiro, aflojarse el cinturón, suspiro, colocarse auriculares, suspiro, gesto de resignación y breve meneo de cabeza que significa la vida es como el tango hermano, suspiro, ¡Ay dios! suspiro, ¿Habrá dios? suspiro... En resumen, escribo porque estoy aburrido. Es casi mediodía y estoy en el límite de Salta con Tucumán, bajo la sombra de un sauce cercano al puesto de la caminera. Nos vigilan varios hombres armados, sin actitud abiertamente hostil pero sus armas son argumento suficiente para acatar las órdenes: “Estese cerca” me dijo uno de ellos apoyando la mano de su brazo derecho flexionado sobre la cartuchera de la pistola. Uno no es sumiso, pero tampoco estúpido. Así que me estoy cerca, como me dijo, sentado al borde de lo que en sus mejores días debe ser una acequia y hoy, con cuarenta grados que caen perpendicularmente sobre el pavimento, no es más que un surco largo sobre el cual se inclina, melancólico y teatral, el sauce.

Han encontrado 15 kilogramos de cocaína en la bodega del ómnibus, en una caja sin identificación y de la cual, por supuesto, nadie se hizo responsable. Así que decidieron “...demorarlos a todos hasta que se hagan las pericias correspondientes al caso...”, y todos significa más de veinte personas, cada vez más ansiosas, y las pericias correspondientes al caso, por el momento... no sé qué significa... se han reducido a: mandar a buscar personal de Drogas Peligrosas en Rosario de la Frontera; comprar bollos a una señora que pasó vendiendo; ejercitar supuestas pericias detectivescas en interrogatorios un tanto inverosímiles y completamente ineficaces.

Entre el pasaje se encuentra un grupo de cinco infortunados bolivianos que parecen estar un poco flojos de papeles. Son músicos. Conocí a uno de ellos, Amílcar, porque venía sentado junto a mí. Charlamos un poco mientras le convidaba unos mates y luego él, como muestra de agradecimiento, me dijo (por los mates, imagino, o por la charla), se despachó un par de huaynos con una zampona más grande que un bandoneón. “Pa que bailen las chicas”, decía siempre antes de empezar a tocar. No creo que esté relacionado con la cuestión de las drogas. Tampoco los otros. Tienen cara de gente pobre pero honesta, las manos muy trabajadas. Los gendarmes, sin embargo, los mantienen aislados del resto. Una pena.

Ojalá reanudemos pronto el viaje, necesito llegar a Tucumán con urgencia.

*

Sigue la odisea. Son las seis de la tarde y por suerte el calor está menguando. La investigación no ha progresado. Cuando empecé a escribir estas notas pensé que podrían servirme como apuntes para un

futuro cuento policial, o una novela tal vez, quién sabe, todo dependería de la riqueza de las experiencias que pudiera presenciar. Sin embargo, estoy francamente desilusionado porque la pesquisa policial avanzó muy poco: trajeron perros desde Rosario de la Frontera para olfatear a los pasajeros con el objetivo de detectar la manipulación de la sustancia por parte de alguno de nosotros pero los animales no reaccionaron ni delante de la cocaína misma así que no parece que puedan brindar muchas pistas sobre el caso. “Perro de mierda”, dijo uno de los gendarmes y le encajó una fuerte patada en el vientre al que tenía más cerca. “¡Animal! -gritó una chica joven- Por qué castiga de esa forma al pobre animalito indefenso”. Y Empezó a propinar golpes torpes al jefe del operativo. El hombre la redujo con facilidad y le contestó: “Tranquilesé señorita o la llevo allá, separada, con los otros indios”. “Es que estamos muy nerviosos -intervino un hombre en tono conciliador. No comemos desde la mañana, mi hija más chica ya está llorando del hambre”. “Bueno... a ver si les consiguen algo de comer a éstos -le gritó a un grupo de subordinados”. El chofer del ómnibus sugirió que subiéramos a comer el almuerzo del pasaje y luego bajáramos nuevamente pero el que daba las órdenes se opuso; con gesto adusto y voz grave le contestó que de ninguna manera, que subieran las azafatas y que bajarán la comida para todos. Acto seguido, hizo una seña a dos de sus subalternos para que acompañaran y vigilaran a las azafatas. Parece que vamos a seguir aquí un largo rato pero al menos ya hemos almorzado.

*

Nunca he sido muy afecto a las relaciones sociales esporádicas; el sentimiento más profundo que me provoca la gente desconocida es el desinterés. Supondrán correctamente que, durante el viaje, fue Amílcar quien se acercó a mí (con el pretexto de pedirme un mate) y no al revés. Y como un mate no se le niega a nadie, tampoco se niega departir cordialmente mientras se sorbe. Sin embargo, con el correr de las horas -son ya las diez de la noche-, mis reservas sobre los vínculos circunstanciales fueron declinando, tal vez por culpa del aburrimiento, tal vez por culpa de una necesidad creciente de jugar al detective y ver si podía averiguar algo sobre el misterio que nos tenía consternados.

Hace aproximadamente una hora me acerqué a un heterogéneo grupo de hombres que formaba parte del contingente de demorados. Sostenían una conversación airada y sentenciosa bajo la luz tenue de un foco que iluminaba una breve superficie cubierta por un toldo. La euforia del cónclave podía apreciarse a varios metros a pesar de que los hombres moderaban notoriamente el énfasis de sus afirmaciones y sus gestos. El grupo refrendaba con unanimidad la hipótesis de la culpabilidad de Amílcar y los suyos. Inmediatamente me manifesté en desacuerdo e inquirí los motivos por los cuales sostenían tal cosa. Al no obtener como respuesta más que prejuicios y descabellados indicios que parecían haber fantaseado, propuse que nos presentáramos formalmente para demostrar que ninguno de nosotros estuviera involucrado en el delito. El primero en ofrecerse fue un padre de familia, Carlos, de Villa Lugano, empresario de bienes raíces, miembro de la comisión directiva de un club de barrio y presidente de consorcio. Enfatizó la palabra presidente con el volumen de su voz y con un breve pero firme gesto de asentimiento. “¿Qué lo trae por el norte?” preguntó una voz. “Llevé a mi familia a conocer Humahuaca -contestó cortante. ¿Quién pregunta?”. “Mi nombre es Santiago Solar -contestó la voz inquisidora- y soy viajante de comercio, soy de Catamarca y tuve la puta suerte de que se me rompiera el auto hace unos días. Si me dejaran abrir la bodega podría mostrarles a ustedes mi material de trabajo para que se quedaran tranquilos. Y... a todo esto... se gana bien con los bienes raíces. ¿Nos podría explicar por qué no vino en su auto, Carlos?”. “No manejo en la ruta, mucho menos si llevo a mi familia, me pongo muy nervioso”.

Los dos hombres, satisfechos momentáneamente y como recordando algún recelo, observaron a un tercero, de marcado acento santiagueño. “Mi nombre es Lucas Arnedo y creo que no es necesario decir de dónde soy. Sin embargo vivo desde hace muchos años en Salta (si quieren puedo mostrar el cambio de domicilio que figura en mi documento). Vendo insumos para oficinas de todo el país y estoy viajando a Buenos Aires para estrechar relaciones con un nuevo cliente”. Dijo esto último sacando un facturero de un pequeño bolso y exhibiéndolo como prueba irrefutable de su presentación. Como esto pareció apaciguar el ánimo de los demás me dispuse a dar mis señas. “Me llamo Víctor Achábal. Soy salteño de nacimiento y desde hace cuatro años vivo en Tucumán porque estoy estudiando Historia en la universidad. Al menos una vez al mes vuelvo a mi ciudad natal para visitar a mis padres”. “Sus credenciales son bastante dudosas joven –dijo Carlos”. “También las tuyas, señor –le contesté. El hecho de ser padre de familia y ciudadano ejemplar no lo exime de la posibilidad de ser un delincuente”. No pareció gustarle mi réplica por lo que siguió indagando: “¿Cómo podemos verificar que es cierto lo que nos está diciendo?” “No se me ocurre nada que pueda acreditar mi condición de salteño -dije; he ido perdiendo el acento de a poco y no pienso mostrar mis documentos más que a la policía. En cuanto a mi calidad de estudiante, sólo el conocimiento podría validarla. ¿Quieren que les cuente una curiosidad? Antes, todas nuestras provincias constituían un territorio político unificado (la suya, Carlos, está excluida, me refiero a las del norte). Si no se hubieran separado durante el período de las guerras civiles y la organización nacional no estaríamos pasando un momento tan ingrato, se podría circular libremente sin que la policía nos impidiera el paso”. “Entonces usted está de acuerdo con que circulen libremente las drogas –acotó Carlos con tono hostil”. “No –le contesté-, simplemente trataba de demostrar algo de conocimiento histórico y al mismo tiempo atacar sus prejuicios contra los límites territoriales. Los límites están dibujados con sangre, señor, las guerras son máquinas de levantar alambrados y muros. Y como ahora no hay enemigos a quienes expulsar tenemos que crearnos nuevos enemigos, nuestros hermanos... No dejo de estar orgulloso de mi tierra natal pero me da pena que los hombres que tienen prisioneros por sospechas infundadas no puedan hacer lo mismo sin que los muelan a palos”. “Usted podría ser el dueño de esa caja con drogas –me dijo mirándome despectivamente”. “¡Claro que sí! –le respondí. Y también usted, y todos ellos (dije señalando al resto del pasaje), incluso el cura que se pasó toda la tarde rezando y sin hablar con nadie. ¡Por fin está pensando señor, por fin está usando la cabeza!” Grité antes de alejarme.

Enfurecido, me separé del grupo de hombres en busca de serenidad. El cura salía del interior de la construcción baja y rústica donde tenían encerrada a la gente de Amílcar. Se movió lentamente, su aire beatífico y su semblante cándido de inocencia, hasta alcanzar el escalón de un mástil que presidía la entrada. Me acerqué ansioso en busca de sosiego y me senté a su lado. “Todos creen que ellos son los culpables –dije resignado”. “No te preocupes hijo –respondió-, ya hablé con ellos sobre el valor del arrepentimiento. Dios es piadoso; perdona todas las culpas que se confiesan a tiempo”. Habló irradiando paz. “Padre –le dije antes de irme, un poco turbado- disculpe mi atrevimiento pero usted es un pelotudo”.

*

A medianoche llegó al puesto de la caminera el deus ex machina encarnado por un gendarme de porte recio y voz autoritaria. “Se suben todos y siguen viaje. ¡Ya mismo! Los bolivianos se quedan aquí”. Nadie preguntó nada; acataron la orden con agradecimiento. Y de nuevo sacarse el calzado, aflojarse el cinturón, colocarse los auriculares, gesto de resignación y ¡ay dios! yo escribiendo las últimas líneas de

este episodio nefasto, con la necesidad urgente de llegar a Tucumán, buscar un teléfono público y hacer la llamada. Con alivio y vergüenza transmitir la información necesaria, ni una palabra más: Soy yo, acabo de llegar. Cuando terminemos de hablar rompé el teléfono y el chip. No hables con nadie ni te juntes con los muchachos. Sería conveniente desaparecer por un tiempo porque alguien nos entregó. Perdimos.

FEDERICO ALEJANDRO ZÁRATE ()*

Federico Alejandro Zárate: Profesor en Letras y actor. Inició su formación literaria en el taller dictado por el poeta Juan González y ha participado en cursos y seminarios relacionados a la actividad y dictados por destacadas personalidades del ámbito literario como Liliana Heker, Guillermo Martínez y Lautaro Vilo, entre otros. Ha recibido otras distinciones entre las cuales se destacan el 1º premio en el género cuento de la edición 2012 del Salón del Bicentenario y, en el mismo año, una de las distinciones a la provincia de Tucumán en el Segundo Concurso Literario Regional del Noroeste.

ACTA

-----En la Sala de Comisiones de la H. Legislatura de Tucumán, el Jurado del “Salón del Bicentenario – Premio H. Legislatura de Tucumán – Ley N° 8280” integrado por la señora Dra. Da. Honoria Zelaya de Nader (designada por la Comisión Organizadora para representar a la H. Legislatura), la señora Dra. Da. María del Carmen Tacconi (designada por la Comisión Organizadora en su condición de catedrática en Literatura Argentina en la Universidad Nacional de Tucumán) y el señor Prof. D. Ricardo Calvo (en representación del Ente Cultural de Tucumán, se constituye, siendo horas 11:00, para evaluar las obras presentadas a la Edición 2014 del Concurso correspondiente a la disciplina Letras.-----

-----Habiendo analizado la totalidad de las obras presentadas, el Jurado por unanimidad, resuelve: **1º**) Otorgar el Primer Premio (Pesos siete mil y diploma) a la obra “**Detrás del Cerrojo**” firmada con el seudónimo de “**Mariaetk**” por María de los Ángeles Pinto; **2º**) Otorgar el Segundo Premio (Pesos tres mil quinientos y diploma) a la obra “**Tres fusilados y una cabeza en la plaza**” firmada con el seudónimo de “**Abdayala**” por Eleonora Rosana Acosta; **3º**) Otorgar el Tercer Premio (medalla y diploma) a la obra “**Los de afuera**” firmada con el seudónimo de “**Flambeau**” por Federico Alejandro Zárate.-----

-----Habiéndose cumplido con el propósito de la reunión, siendo horas 12:00, se labra y firma la presente acta, en tres ejemplares de igual tenor, en San Miguel de Tucumán a veintisiete días del mes de octubre de dos mil catorce, Año del Bicentenario de la Creación de la Provincia de Tucumán.-----

Prof. Ricardo Calvo

Dra. María del Carmen Tacconi

Dra. Honoria Zelaya de Nader

LA PRESENTE EDICIÓN DIGITAL DE LAS OBRAS PREMIADAS EN EL
SALÓN DEL BICENTENARIO – PREMIO H. LEGISLATURA DE TUCUMÁN 2014,
INSTITUIDO POR LEY Nº 8280, NO TIENE CARÁCTER COMERCIAL.

PROHIBIDA SU VENTA.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

EN EL AÑO 2016 SE REALIZARÁ LA IV EDICIÓN DEL
SALÓN DEL BICENTENARIO
EN HOMENAJA AL
BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL.

EDICIÓN:
DISEÑO GRÁFICO / CEREMONIAL
H. LEGISLATURA DE TUCUMÁN - 2014